

ARTICULO VII

LA VERDADERA DEVOCIÓN ES SENCILLA, AMABLE Y
DISCRETA, LA FALSA AFECTADA, DESAGRADABLE
É INDISCRETA

El estudio de las cualidades y defectos de la verdadera y falsa devoción nos ha dado á conocer en ambas sus respectivamente buenos y malos efectos. Y si bien los hábitos del alma repercuten forzosamente en la vida exterior, hay, sin embargo, ciertos detalles de actitud y conducta que merecen capítulo aparte; porque independientemente de cualquier otro signo, nos dan la medida de lo verdadero y lo falso en la vida devota.

Reparemos cuidadosamente en la actitud y conducta de la verdadera y falsa devoción: sencilla la primera, amable, discreta; afectada la otra, desagradable, indiscreta.

Decimos que Dios es simple, por que no está compuesto de acto y potencia, de materia y forma; decimos que los ángeles y el alma son simples, porque no están compuestos de partes cuantitativas y divisibles; decimos que un cuerpo es simple, cuando su masa es homogénea y no contiene más que un sólo elemento; y por extensión decimos que una cosa es simple, cuando no encierra más que los principios que le son propios; en este sentido predicamos la simplicidad de la verdadera devoción.

Es simple, esto es, que al cumplir con el deber de la naturaleza, no la recarga con singularidades, rarezas y extravagancias. Por dentro y por fuera es homogénea. El ser y el parecer están en armonía. Aplica á su interior el consejo que daba San Francisco de Sales á sus hijas espirituales: «Conviene no significarse en el ejercicio de la virtud...» Debe hacerse con naturalidad, sencillez, espontaneidad, á la buena de Dios. *Grosso modo* (1). Así procede á

(1) Carta 793.

expensas del exterior, en el cual nada se advierte de extraordinario y que no se parezca á cuanto debe hacer todo el mundo. Su fisonomía, sus vestidos, sus maneras, su andar, su estar, sus conversaciones, ni llaman la atención, ni despiertan curiosidad. Ha aprendido en las Santas Escrituras que la gloria de los hijos de Dios es toda interna, (1) y en la escuela de los Santos, que á no intervenir discreta y determinada inspiración, nadie debe entregarse á singularidades. «No se trata aquí, dice San Gregorio Nacianceno, de doblar el cuello, hablar quedo, inclinar la cabeza y andar á compás: lo que hay que procurar es gran elevación de miras, esplendor divino en el corazón y afaible sencillez en el porte y maneras.» (2) «Yo no puedo, escribía Clemente Alejandrino, hablar con afectación y andar contoneándome... Los movimientos y modales de los amadores de la virtud deben ser siempre dignos de un espíritu noble y elevado.» (3) «Nada más sencillo que su vida, dice Santa Juana de Chantal, hablando de San Francisco de Sales, nada de singular, nada que admire á quienes no ven más allá del exterior. Parecía un ser vulgar, pero de un modo tan celestial y divino, que nada hay en su vida más cautivador. Toda la belleza de su alma era intrínseca, se hallaba en la perfección de las virtudes que allí Dios había hecho arraigar, y el lustre principal de su santidad estribaba en la manera no común de hacer las cosas más comunes y ordinarias.» «En catorce años que bajo su dirección estuve, añade el Obispo de Belley, Pedro Camus, á pesar de que procuré fijarme en sus acciones hasta en los menores gestos, palabras y enseñanzas, jamás percibí ni el más leve asomo de singularidad» (4).

¿Qué mejor cuadro podríamos elegir para caracterizar á la verdadera devoción que el del santo que habló de ella tan graciosa, conmovedora y altamente?

(1) Omnis gloria ejus filiae regis ab intus. — Ps. 44. — (2) Oración XVIII, cap. XXIII, citado por monseñor Laudriot en la *Femme pieuse*. — (3) *Pedag.* Lib. III, cap. II, citado por monseñor Laudriot en la *Femme pieuse*. — (4) *Vida de San Francisco de Sales*, por Hamon. Tom. II, pág. 431.

La verdadera devoción es, pues, sencilla, no con sencillez vulgar y trivial, de indiscretas y groseras formas, hasta en presencia de Dios; sino con piadosa reserva y santa modestia, fácil, desembarazada, espontánea, que se siente mejor que se vé, porque si se viera, desaparecería.

Unese á esta sencillez, la amabilidad; insisten con especialidad los santos sobre este punto, porque de la amabilidad de la devoción pende la estima en que se la tiene y los frutos de edificación que está llamada á producir. La devoción como la eterna sabiduría, que brota del seno de Dios, «se muestra á los hombres con semblante risueño... sus vías son hermosas; todos sus senderos pacíficos (1).» También San Bernardo quiere que rebose de gozo, sea alegre y simpática. «Guardaos, dice siempre el santo Obispo de Ginebra, de aparecer melancólico y taciturno, no sea que se culpe de ello á la devoción y la desprecien (2).» Sembrad en cuantos os rodean consuelos y contento para que estimen y deseen la devoción (3). Conservad un espíritu de gozo santo que modestamente esparcido en vuestras palabras y acciones, consuele á los que os vean y los mueva á glorificar á Dios (4).» Manteneos en santa y cordial alegría que nutre las fuerzas del espíritu y edifica al prójimo (5).»

A San Luis le gustaban personas graciosas, de buen humor, corteses, civiles, francas, urbanas y si lo hubiereis tratado, le hubierais visto reírse amigablemente en ocasiones, hablar con calor á tiempo, y cuidar que en torno suyo todo fuese brillante y selecto (6).» Tan preciosos consejos trazan la norma de conducta de la verdadera devota, aunque tenga que violentarse interiormente, ó sobreponerse á antipatías y repugnancias. Habituada á ver á Dios por el lado amable, llega á copiarle y asemejarse á El. Sonríe á todos con la boca, con los ojos, con la cara; nun-

(1) Ostendit se illis hilariter... «Salm., V... Viae ejus, viae pulchrae; et omnes semitae ejus pacificae... Prov. III.—(2) Carta 53.—(3) Carta 43.—(4) Carta 867.—(5) Carta 868.—(6) Carta 766.

ca le faltan felices ocurrencias, toma parte en inocentes juegos, soporta placenteramente bromas de buen género, y da animación á lícitos esparcimientos. Sin ser disoluta se regocija y regocija á los demás, quiere, como San Luis, que todo esté animado y esplendente. Como los rayos del sol todo lo penetran, derramando luz, calor y vida, así seduce, atrae y se hace amar.

Discreción admirable sirve de corona á la sencillez y amabilidad. Discreción en las palabras consistente en no decir nunca más que lo preciso y cuando y como es preciso. Evita largos discursos é inútiles conversaciones, nutritivas del amor propio y la curiosidad; en su lenguaje se amolda y respeta el carácter, los hábitos, la vida y hasta los defectos del prójimo; guarda los secretos, tiene horror á esas profanaciones, por desgracia tan comunes, que entregan, siempre en confianza, los consejos de la dirección, las costumbres del director, á chismografías de antesala ó camarilla.

Sobre todo es discreta en sus acciones, siempre las hace en su justo medio. Se la vé siempre á tiempo, se retira cuando es innecesaria su presencia. Pide con mesura, da con delicadeza. Su celo, inmenso en deseos, está admirablemente regulado por la manera de conducirse. No molesta á sus amigos con ingerencias importunas. Sabe á punto fijo la hora de las lágrimas, y de las súplicas, de hablar y obrar. Rodea, previene, triunfa con habilidades donde, más que humano ingenio, se admira la inspiración de esa divina sabiduría que todo lo dispone «en número, peso y medida». No es de las que piensan que el servicio divino exime de cumplir esenciales deberes en la vida doméstica ó social. Suspende ó aplaza los ejercicios que con ella privan y la sirven de consuelo, antes que echar en olvido un solo instante sus deberes para con los demás. Las obligaciones de su estado, los servicios caritativos pesan más en su balanza que las obras de supererogación. Si más no puede, se contenta con la abstracción continua de su espíritu y

corazón. Así se impone á las obras vulgares, elevándolas y trasformándolas.

No es de las personas que invocan sus trabajos como paliativo y subterfugio de su indiferencia para con Dios; de sobra le consta que el más humilde trabajo puede ser sublimado y santificado. Estas palabras de Jesucristo al alma fiel, que leemos en el libro tercero de la *Imitación*, parecen haberse escrito para ella. «Cuidad en cualquier lugar que estuviereis, y en cualquier acción en que entendiéreis, de estar libre interiormente y permanecer dueño de vos mismo á fin de estar sobre todo, y que nada os domine; así seréis dueño y director de vuestras acciones, no esclavo de las circunstancias. Elevaos sobre el presente, dirigid á la eternidad vuestras miradas. Con el ojo izquierdo no más mirad lo pasajero; alzad el derecho á las cosas celestiales.» (1)

Tal es la verdadera devoción; libre en la servidumbre del deber; enseñoreada de sus obligaciones para con el prójimo viendo en todo á Dios, no necesitando buscarle en piadosas superfetaciones. Todo el tiempo que invierte en llenar los deberes de su estado, lo rescata con su diligencia y prontitud en cumplir los ejercicios necesarios, no pretendiendo con esto solaz, sino renovación de agilidades y energías. Mística abeja se recrea un momento, revoloteando á los rayos del sol eterno, para descansar de su trabajo; y después, sin detenerse en demasía sobre las flores espirituales, liba la odorífera miel que á su casa trasporta. ¿Quién no estimaría, amaría y admiraría la devoción si fuera siempre así, sencilla, amable, discreta? Por desgracia en el mundo devoto abundan personas de estudiadas actitudes, de figura antipática, de conducta indiscreta que dificultan el éxito edificante de las buenas cualidades que acabamos de enumerar.

Uno de los más pronunciados rasgos en la falsa devoción es, como ya en anteriores cuadros hemos notado, su

(1) *Imitación*, Cap. XXXVIII.

vehemente aspiración á cosas extraordinarias, su tendencia á los más elevados bienes espirituales, su afán por excepcionales favores. Tan temeraria avidez, ya por nosotros reprobada, á nadie ofendería si careciese de resonancia en la vida exterior. Mas por lo mismo que busca destacarse del vulgo en sus relaciones íntimas con Dios, se da la falsa devoción á singularidades. En todo quiere estar de non. En vez de mostrarse con naturalidad, altera, desfigura, tortura á la naturaleza; y no se cree perfecta hasta convertirse en un ente llamativo, ridículo y extraño. ¿Proviene del amor propio ganoso de llamar la atención? ¿Serán simplemente manías? Optemos por las manías; es más caritativo. El hecho es que el defecto existe y ¿quién no ha visto y vé á diario personas buenas en el fondo, que parecen haberse propuesto caricaturizar la devoción por sus afectados modales? No hagamos alto en sus extravagancias indumentarias. Van escaseando, á Dios gracias, los trajes estrambóticos por su forma y por su corte; y fuera de alguna reprehensible negligencia, de lo que debemos ocuparnos es de otras rarezas más en boga en ese mundo donde tanto se sofistica la devoción por considerable número de personas piadosas. No oran como los demás, ni están de pie, ni andan, ni miran, ni hablan como simples mortales. Entreveran sus oraciones con suspiros fatigantes; su cabeza inclinada, su alargada silueta les dan un aire de compunción *sui generis* y multiplican genuflexiones y postraciones, cual si quisieran condenar la inmovilidad de sus expectadores. Su andar á pulso tiene un no sé qué de rígido, envarado, nimiamente reflexivo y hasta cominero que le pone á uno nervioso. ¡Pues y su entornar de ojos! ¡Y aquel tono flauteado, ni alto ni bajo, que para hablar emplean y que es tan insoportable! ¡Y aquel empedrar á troche y moche todas sus conversaciones de textos y frases de santos que se holgaría uno de ver más respetadas! Cara, torso, ademanes, figura, todo en ellas es amanerado.

Los santos, se nos objetará, ¿no eran algo raros? Algu-

nos, efectivamente, ora que obedeciesen á inspiración especial, ora que descuidaran corregirse de algún defecto natural, es innegable que lo fueron. Ahora que, como dice de perlas San Francisco de Sales, en eso no debemos imitarles; sino creer que así como toda devoción, si sencilla, es verdadera, toda devoción afectada es falsa y vitanda.

A causa de su afectación tampoco se hace amable el alma pseudo devota; que nunca se llegó á la amabilidad por el camino de lo antinatural. Su exagerado temor de ofender á Dios, dimanando de lo que da en la flor de llamar melancolía santa, ó de secreto despecho de no poder recrearse sin compromisos, le hacen poner á todo una cara malhumorada y antipática. Nunca se sabe lo que le agrada. Jamás ríe. Las bromas la irritan, agrían y ofenden; y contesta á ellas con desabrimientos y con aires tan alarmados, que se tomarían por cómicos, de no equivaler á reproches. Se escandaliza de cualquier palabra festiva, y con la vista fulmina rayos á cuantos celebran la ocurrencia. Su presencia importuna es censura viviente de inocentes juegos y honestos pasatiempos. Agúa todas las fiestas: siempre está haciendo el coco y el bú con su cara displicente y languiducha; parece la cabeza de Medusa, helando de espanto á cuantos la miran. Se la soporta á duras penas, se la evita en lo posible, y cuanto lo sufre la caridad, se la detesta cordialmente.

¡Y si fuera sólo afectada y desagradable! Lo peor en su vida exterior es su indiscreción. Palabrea sin fin, por hábito extemporáneamente, metiendo baza en todo. Posee largo olfato para descubrir partidarios de su conversación, y cuando halla un buen tercio, lo explota á maravilla, dándose hartazgos de chismes y cuentos. ¿Se detendrá en los confines de la maledicencia? No osaría jurarlo; es muy difícil pasar revista al carácter y costumbres del prójimo, sin que se escapen revelaciones en daño del paciente.

Los temas privilegiados de la falsa devota, los temas que dan á su locuacidad indefinible gusto, son la direc-

ción y el director. ¡Son tan buenos los secretos de la conciencia! ¿Por qué no participárselos á sus amigas? ¿Qué hay en ello de profanación?—Le han dicho esto y lo demás allá.—Se la conduce por tales y tales vías; se le han impuesto tales y cuales penitencias. Su director es suave para los demás, austero para sí mismo. Confiesa á una hora, recibe á otra, trabaja después, sale más tarde. Al dedillo conoce sus hábitos y las nubes de su carácter, los platos más de su gusto, las relaciones que tiene, las peripecias de su salud; si reprende á un doméstico, si le acomoda, si lo despide.—Y así, hoy y mañana y siempre con el mismo tema.

Todo un capítulo sería poco para referir las piadosas charlatanerías, en que la vanidad, la susceptibilidad herida, los celos, el rencor, la curiosidad, todas las pasioncillas de almas indiscretas aparecen dando juego. Evitemos á nuestros lectores semejante escándalo.

Al igual que en palabras es la falsa devoción indiscreta en acciones, y como en el hablar no guarda las conveniencias de lugar, modo y tiempo, tampoco obra dónde, cuándo y cómo debe obrar. Sus azoramientos, sus dislocadas asiduidades, sus turulatos afanes, hasta su prodigalidad resonante hieren la dignidad de los que socorre. Tiene el triste talento de la inoportunidad, y lo acredita en empresas que exigen toda suerte de tacto y miramientos. Su celo, cuando lo tiene, se traduce en apremiantes deseos, en discursos y parlerías fuera de sazón, en enojosas instancias con sabor de vejaciones. En vez de pasar, como el alma verdadera devota, suave y acariciadora mano por los atacados del error y el vicio, para disponerlos á las soberanas operaciones de la gracia, con dedos inhábiles multiplica lancetazos que desgarran tejidos sanos. El pecador enojado grita y protesta contra las ínfulas que se arroga, no por amor de las almas, sino por vanidoso prurito de alcanzar y registrar una victoria con que esponjarse.

Otrosí; sacrifica los deberes de su estado y los servicios

de caridad, á lo que llama servicio divino, conviene á saber, á prácticas de supererogación, que se ha impuesto sin asomo de prudencia. Se la necesita, reza *Padre-nuestros*; se la busca para un favor urgente, está en la iglesia; nada significan á sus ojos padre, madre, hermanos, hermanas, señores, criados, interín no acabe sus oficios, letanías, rosarios, visitas y adoraciones. Insiste fanáticamente en ellos y es en su apreciación un sacrilegio reprenderle sus culpables negligencias. En vano trataréis de encauzar su descaminado y meticuloso espíritu. El trabajo se le antoja un obstáculo y desorden, por no saber santificarlo. No vé á Dios, sino en la inacción ó á través de fórmulas. Semejante á perezoso reptil que abandona sus hijuelos, y tendido al sol indolentemente sobre el muro, se baña en el dulce calor que penetra por todos sus poros; así se pone en un rincón de rodillas, esperando los rayos del sol eterno, aunque se hunda el universo. Resultado: que hace aborrecible y despreciable la devoción cuando la debiera hacer amar y respetar.

ARTÍCULO VIII

LA VERDADERA DEVOCIÓN ES SOBRIA,
ORDENADA Y REFLEXIVA EN SUS PRÁCTICAS; LA FALSA
INTEMPERANTE, DESORDENADA Y RUTINARIA.

Como por la mano, el examen de la conducta exterior nos lleva al examen de las prácticas. Sobre dos polos gira la vida humana: el polo del espíritu y el de la materia. Ambos deben estar ligados amistosamente y permanecer equilibrados, merced á movimientos armónicos y operaciones convenientes. El hombre no puede impunemente hacer ni de ángel ni de bestia. El papel de ángel le extraía, el de bestia le envilece. Límitese, pues, buenamente á ser hombre, entremezclando cuerdamente operaciones de su doble naturaleza.

Consiguientemente en la devoción, acto humano, el espíritu y la materia, el alma y el cuerpo deben tomar parte. La del alma, ya la indicamos en el prólogo, cuando definimos con Santo Tomás la devoción, «particular disposición de la voluntad, mediante la cual se entrega el hombre prontamente á cuanto concierne al servicio divino.» Disposición que se alimenta y objetiva, en virtud de ciertos actos externos, llamados prácticas devotas.

Que tales actos sean, sobre útiles, necesarios, es doctrina corriente en cuantos han trazado reglas de vida devota, por la siguiente razón. Esas prácticas de devoción son á modo de celestiales avisos que, atravesando nuestros sentidos, se remontan hasta el alma para despertarla, si duerme; estimularla, si se para; llamarla al interior, si lo descuida y echa en olvido; y socorrer, cuando lo necesita, su impotencia. Trátase, pues, de aplicar aquel principio tan trillado de los antiguos como olvidado hoy: «El hombre, como compuesto de alma y cuerpo, necesita de signos sensibles para excitarse y tender á cosas espirituales.» (1)

Las prácticas de devoción son canales por donde corre la plenitud del alma, cuando, tomada del deseo de agradar á Dios, ha menester consignar cuanto siente, y darse cuenta de sus aspiraciones religiosas. Semejante á bosques combatidos por frecuentes aquilones ó auras apacibles, á montañas hirvientes en fuegos subterráneos, á nubes saturadas de fluido, suspira, gime, estalla, sirviéndose al efecto de los sentidos y de fórmulas y de actos externos.

De todo el hombre se apoderan las prácticas devotas; con los santos hábitos ó escapularios que viste, las cruces con que se persigna con mano conmovida, las humildes posturas que adopta, las preces que recita, santifica su carne, los movimientos de su cuerpo, las sacudidas de sus nervios, los latidos de su corazón, las ondulaciones de su pecho, las vibraciones de su voz y ofrece al Señor en un solo acto homenaje completo de todo su ser.

(1) Homo indiget sensibilibus quibus movetur et excitatur ad spiritualia.